

**San Roque: indígenas urbanos,
seguridad y patrimonio**

**Eduardo Kingman
(Coord.)**

FLACSO Biblioteca



307.66
5515

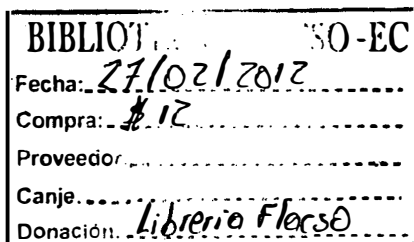
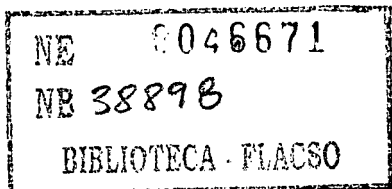
San Roque: indígenas urbanos, seguridad y patrimonio / compilado por Eduardo Kingman. Quito : FLACSO, Sede Ecuador : HEIFER, Ecuador, 2012

214 p. : il., cuadros, gráficos y tablas

ISBN: 978-9978-67-315-7

BARRIOS ; CIUDADES ; SOCIOLOGÍA URBANA ; ESPACIO URBANO ; BARRIO DE SAN ROQUE ; QUITO ; ECUADOR ; INDÍGENAS ; IDENTIDAD ; NIÑOS ; MIGRACIÓN INTERNA ; SEGURIDAD ; RACISMO ; RENOVACIÓN URBANA ; CENTROS HISTÓRICOS.

307.3364 - CDD



San Roque: indígenas urbanos, seguridad y patrimonio

1era. Edición: **FLACSO, Sede Ecuador**
La Pradera E7-174 y Av. Diego de Almagro
PBX.: (593 2) 3238888
Fax: (593 2) 3237960
www.flacso.org.ec
Quito-Ecuador

HEIFER, Ecuador
Tamayo N24-587 (1313) y Colón
Telf: (593 2) 2501427 / 2908985 / 2556241
fundacionheifer@heifer-ecuador.org
Quito-Ecuador

Diseño & Diagramación: Santiago Calero Flores

ISBN: 978-9978-67-315-7
Impresión: Rispergraf
Quito-Ecuador

Impreso en Quito Ecuador, enero 2012

El presente libro es una obra de divulgación
y no forma parte de las series académicas de FLACSO-Sede Ecuador.

Índice

San Roque y los estudios sociales urbanos <i>Eduardo Kingman Garcés</i>	7
El barrio de San Roque... Lugar de acogida <i>Abraham Azogue</i>	21
Matices y texturas de la identidad cultural étnica en contextos urbanos. En el caso de los kichwas de Chimborazo <i>Gina Maldonado</i>	37
Construcción de identidades de las vendedoras Kichwas y mestizas y los juegos de poder en el mercado de San Roque <i>Clorinda Cuminao Rojo</i>	79
Los indígenas y el espacio ciudadano. Los lugares de vivienda <i>Maria Augusta Espín</i>	101
Entre juegos, trabajo y 'roba burros': un acercamiento a las tácticas de vida y resistencia de niños y niñas indígenas migrantes en el espacio urbano <i>Erika Bedón</i>	135
Ciudad, seguridad y racismo <i>Eduardo Kingman Garcés</i>	175

Los indígenas y el espacio ciudadano. Los lugares de vivienda

María Augusta Espín

Antecedentes generales

La presencia indígena en la ciudad es un fenómeno de larga data que generalmente ha sido visto en relación a la población que migra a la zona urbana consolidada, sin tomar en cuenta una dinámica más amplia que integra a parroquias urbanas y rurales, muchos de las cuales son asentamientos antiguos que acogían a un importante conglomerado indígena.

El presente artículo busca acercarse al proceso de asentamiento indígena en Quito y su consolidación como un grupo poblacional urbano.

Inicialmente se presentarán algunos datos estadísticos para ubicar la situación de estas poblaciones.

Quito es un cantón de la provincia de Pichincha, localizada al norte de Ecuador, cuenta con una superficie de 4 204 km². El cantón está dividido en 52 parroquias, (19 urbanas y 33 rurales) que conforman el Distrito Metropolitano de Quito. En el cuadro a continuación se pueden observar las parroquias tanto urbanas como rurales del cantón.

Tabla 1
Parroquias urbanas y rurales de Quito

Parroquias Urbanas	Parroquias rurales
Alfaro	Alangasí
Benalcázar	Amaguaña
Chaupicruz	Atahualpa
Chillogallo	Calacalí
Cotocollao	Calderón
La Floresta	Chavezpamba
González Suárez	Checa
Guápulo	Conocoto
La Libertad	Cumbayá
La Magdalena	Gualea
El Salvador	Guangopolo
San Blas	Guayllabamba
San Marcos	Llano Chico
San Roque	Lloa
San Sebastián	La Merced
Santa Bárbara	Nanegal
Santa Prisca	Nanegalito
La Vicentina	Nayón
Villa Flora	Nono (Quito)
	Pacto
	Perucho
	Pifo
	Píntag
	Pomasqui
	Puéllaro
	Puembo

Fuente: <http://www.visitaecuador.com/andes.php?opcion=datos&provincia=19&ciudad=Qlay6BQh>

La población ubicada en las parroquias urbanas es de 1.399.378 personas y 440.475 en las rurales. Muchas zonas rurales del cantón tienden a urbanizarse, mientras que en algunas parroquias urbanas se conservan chacras e incluso ganado. La dinámica de la urbanización ha reconstituido muchos de los elementos de la ruralidad en los llamados barrios de Quito.

Como se mencionó al inicio, la presencia indígena en la ciudad de Quito no puede concebirse como un fenómeno sólo del presente, ya que esto sería desconocer procesos que se han generado a lo largo de su historia. Al mismo tiempo la contemporaneidad ha modificado los términos en los que se produce ese proceso.

Existen varios elementos que es necesario tomar en cuenta cuando se habla sobre la presencia indígena en las ciudades:

- 1) "muchas ciudades se erigieron sobre ciudades y poblados prehispánicos manteniendo muchas veces zonas exclusivas para este tipo de población, mismas que hoy son barrios tradicionales, algunos de los cuales conservan hablantes de lenguas indígenas", 2) "el crecimiento de las ciudades se ha dado sobre áreas rurales circunvecinas, muchas de ellas con población indígena" y 3) "las migraciones de habitantes rurales a las ciudades, que incluye a indígenas, ha sido un proceso permanente en la historia" (Pérez-Ruiz, 2002: 295).

En la ciudad de Quito, la presencia indígena era parte importante de los servicios de la urbe durante la colonia; en el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, ellos realizaban servicios necesarios para el funcionamiento de la ciudad transportando agua, sirviendo en las obras públicas, recogiendo basura, eran por tanto concebidos como parte de la vida ciudadana y como expresión de una condición neocolonial (Kingman, 2006).

Dentro de las parroquias urbanas del cantón Quito, se encuentra la parroquia de San Roque, que para efectos de administración municipal, se sitúa como parte del Subsector Centro Histórico. Lamentablemente no existen datos cuantitativos sobre la población indígena de este subsector, ni de San Roque; sin embargo, resulta importante realizar una caracterización general de la población que vive en la zona.

Según el Diagnóstico Económico y Social del Centro Histórico de Quito del año 2000, el 65% de la población vive en condiciones de pobreza y aproximadamente 3 de cada 10 viven en condiciones de indigencia (Comité de Gestión Centro Histórico, 2006: 21).

Aspectos demográficos

Para establecer bases cuantitativas que permitan contextualizar el tema, se han tomado datos del SIISE²² 4.0 y del Censo Nacional del 2001 (INEC, 2001)²³. Para trabajar con estas fuentes, se ha tomado como unidad territorial referencial principal a la parroquia de San Roque y en un segundo nivel, al área urbana del cantón Quito.

Cuando el tipo de indicador no permite niveles extendidos de desagregación, se ha utilizado información correspondiente a la provincia de Pichincha. Sin embargo, es necesario tomar en cuenta que los datos estadísticos y las mediciones censales son elaborados, practicados y leídos a partir de principios implícitos y explícitos como el de la 'homogeneidad' de la población y dejan de lado situaciones sociales concretas. Esto impide una comprensión completa del rol del actor en la sociedad o del individuo como ser demográfico, tomando en cuenta sus situaciones, eventos, interacciones y conductas factibles de ser observadas, así como citas directas de informantes acerca de sus experiencias, actitudes, creencias y pensamientos.

Según el criterio demográfico-cuantitativo, basado en la agrupación de las localidades o centros poblados de acuerdo a su tamaño poblacional, el área urbana comprende las localidades o centros poblados con una población de 2 500 y más habitantes, y la rural las de menos de 25.000 habitantes, incluyendo la población diseminada²⁴.

22 SIISE: Sistema Integrado de Indicadores Sociales del Ecuador

23 INEC: Instituto Nacional de Estadística y Censo

24 Por población diseminada se entiende a aquella población censada en aquellos lugares que están integrados por menos de tres viviendas.

En cuanto a la población urbana, según este mismo criterio, sería aquella empadronada en las capitales provinciales y cabeceras cantonales (núcleos concentrados), definidos previamente como áreas urbanas para fines censales. Se excluye, por lo tanto la población de la ‘periferia’²⁵. Mientras la población rural sería aquella censada en las parroquias rurales (cabecera parroquial y resto de la parroquia). Incluye, además, la población empadronada en la ‘periferia’ de las capitales provinciales y cabeceras cantonales.

Desde lo institucional se establece que, “se puede percibir la identidad indígena a través de sus prácticas y vivencias culturales, la autopercepción, la lengua, los vínculos comunitarios, la fijación sociocultural, la relación con la naturaleza: vivir para la tierra y no vivir de la tierra” (INEC, 2006: 10).

La tendencia que se presenta en el Censo del 2001, demuestra que la población indígena por el elemento del idioma, es menor a la población autoidentificada como un pueblo originario. Según datos del INEC, en el 2001, 830.418 personas censadas aceptaron ser indígenas, 524.136 de las cuales dijeron hablar una lengua nativa, por tanto “la entrada por la vía de la lengua hablada para cuantificar la población indígena [...] no ha sido del todo efectiva” (INEC, 2006: 11).

En el Censo de 2001, 830.418 personas censadas aceptaron ser indígenas, lo que representa el 6,83% de la población total del país (INEC, 2006: 11). Sin embargo, se considera que la pregunta acerca de la autoidentificación, tampoco es suficiente para revelar la realidad de la presencia de la población indígena en la ciudad, cuando se sabe que en la ciudad de Quito, por ejemplo, hay barrios enteros cuya población es predominantemente indígena y que al mirar las estadísticas esta presencia se ve reducida considerablemente.

Según el último Censo Nacional de 2001, la población indígena ubicada en el área urbana es de 149.832 lo que representa el 18,0% del total de población indígena del país mientras que en el área rural se ubica 680.586 habitantes, lo que corresponde al 82% (INEC, 2001). Esto supondría que la población indígena sigue siendo en su mayoría rural.

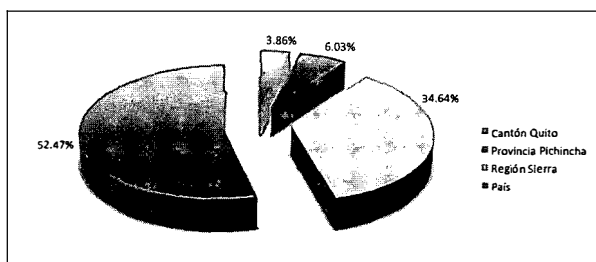
25 Definida por la demografía como aquella población dispersa dentro de los límites legales de las capitales provinciales y cabeceras cantonales.

Sin embargo, cuando nos ubicamos en la provincia de Pichincha, la distancia entre las proporciones de población ubicada en áreas urbana y rural se acorta y se subvierte, en el área urbana tenemos 54.466 personas, lo que representa el 57,4% del total de población indígena en Pichincha, que es de 95.380 personas, mientras que en área rural, el total de población representa el 42,5%. Esto indica que en la provincia de Pichincha existe mayor número de población indígena urbana que rural. Contándose en Quito un total de 61.122 indígenas, esto representa el 7,36% del total de población indígena del país (INEC, 2001).

Se pueden apreciar los aspectos demográficos en cuanto a población indígena del cantón Quito, con respecto a la provincia de Pichincha, a la Región Sierra y al total de la población ecuatoriana.

Figura 1

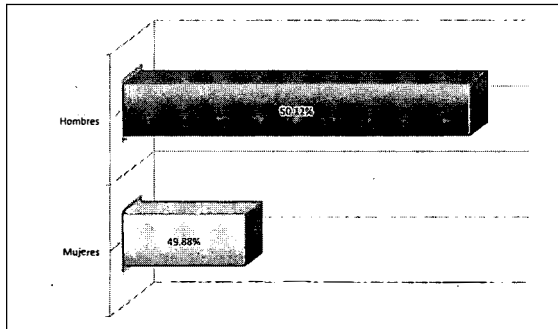
Aspectos demográficos de la población indígena del Ecuador



Fuente: SIISE 4.5 Elaboración: María Augusta Espín

Si realizamos una evaluación de la composición de la población indígena por sexo en el cantón Quito, se puede observar que existe un predominio del componente masculino. El 50,12% lo conforman los hombres mientras que el 49,88% está compuesto por mujeres (SIISE, 4.5).

Se presenta, a continuación, la figura que representa la composición de la población indígena por sexo en el cantón Quito.

Figura 2**Composición de la población indígena por sexo**

Fuente: SIISE 4.5 Elaboración: María Augusta Espín.

Se observa que en Pichincha existe una población indígena joven en su mayoría, viviendo en la ciudad 50.772 personas de 0-59 años, lo que representa el 57,4% (INEC, 2001). Si tomamos como referencia la población en edad de trabajar (PET), que corresponde a personas mayores de 10 años en el área rural y de 12 años y más en el caso urbano, hasta los 65 años que es la edad legal de jubilación en el Ecuador, tenemos en el área urbana a 41 848 personas (44,1%) y en el área rural solamente a 28.717 personas (30,2%) (INEC, 2001). Lo que muestra que más personas en edad de trabajar se encuentran en la ciudad. El pico más alto de población indígena urbana está en el grupo de edad de 15 a 19 años con un total de 6.947 personas (7,3%), en cambio si tomamos el número de personas de 70 años y más en el área urbana, tenemos que existen 1.827 personas (1,9%) (INEC, 2001), lo que contribuiría a caracterizar la población indígena urbana como joven.

Migración y ciudad

Al establecer la procedencia de los indígenas en el área urbana de Pichincha, podemos tomar como dato el lugar de nacimiento, del que se desprende que el mayor número de indígenas que actualmente viven en la zona urbana de la provincia de Pichincha, tiene como lugar de procedencia la misma provincia, con 59.126 personas lo que representa el 62,3% (INEC, 2001).

Si hablamos de migración, las provincias de nacimiento que más han contribuido con población indígena para el área urbana de Pichincha son, Chimborazo con 11.699 personas (12,3%), Cotopaxi con 8 651 personas (9,1%) e Imbabura 7.615 personas (8,0%), (INEC, 2001). Al examinar migraciones más recientes, 5 años antes del Censo del 2001 (INEC), la mayor cantidad de población indígena que vive en Pichincha, viene de Chimborazo, con 3.635 personas (3,8%), luego está Cotopaxi con 2 246 personas (2,3%) e Imbabura, con 1.792 personas (1,8%). Es decir, el patrón migratorio a la provincia de Pichincha se mantiene.

La migración en América Latina es un proceso que se relaciona con diferentes circunstancias vividas por los indígenas en sus comunidades de origen, algunos autores (Camus, 1997; Bastos, 2001; Herrera, 2002) ponen énfasis en las condiciones económicas que se han vuelto insuficientes para solucionar las necesidades de la población y, en relación a esto, se menciona la disminución en la productividad de la tierra y el bajo costo de los productos agrícolas. El testimonio del profesor Luis Alberto Tuaza, va en este sentido:

En realidad las condiciones de vida en esta zona de Columbe y en esta zona de Quillopungo y de Miraloma, prácticamente [son] muy críticas, porque las condiciones climáticas y por otro lado el suelo, no les favorece para la agricultura, apenas la producción de la cebada es una vez al año y la venta es diez dólares el costal de cebada, que prácticamente no da para nada (Entrevista a LAT, 2008).

Las historias de migración que relatan los indígenas se refieren a las dificultades de sobrevivir en el campo;

Yo soy nacida en Licto, en una familia muy grande, por eso mismo pasábamos muchas privaciones, había veces que no alcanzaba no más para comer, ni con las cosas propias de uno, los sembríos, los animalitos, es que en la familia éramos quince en total, con hermanitos y papacitos. Mis pobres papacitos no se abastecían ya con tantos, ni para dar educación a tanta criatura. Yo fui la tercera, así que era de las mayores. Desde bien chiquita aprendí el oficio de la casa, para ayudarle a mamacita, y tenía que cuidar a mis hermanitos, pero yo del campo no supe mucho, mis hermanos mayores, los primeros, ellos sabían si más de sembrar y de cuidar ganado, yo no mucho, más me dediqué a la casa y a los hermanitos que eran muchos y había que atender. Entonces yo ni tiempo para estudiar, nada con esfuerzo aprendí cositas, más de matemáticas para hacer cuentas, con un profesor que era bien bueno y paciente allá en la tierra, pero no avancé más (Entrevista a TG, 2008).

Las historias, muchas veces, se remontan a generaciones anteriores. Los padres han migrado como ‘buscadores’²⁶, a la Costa, a la Sierra e incluso fuera del país. Las experiencias que nos relatan los migrantes nos permiten ver una larga tradición migratoria.

Bueno, mi experiencia de llegar a Quito empieza hace veinticinco años, aunque yo nací en el campo yo no viví allá, soy del cantón Colta-Cajabamba, Parroquia Santiago de Quito. Mis padres salieron fuera de la comunidad desde muy temprano, mi papá desde los 14 años a las ciudades a “buscar la vida”, dice él. Se ha casado y se ha llevado a mi mamá, han vivido en Pasto, después se ha ido por Barranquilla, han vivido un año, dos años, o sea que han sido como “buscadores” por lo que han sabido quedarse donde les vaya bien.

Toditos andábamos por Colombia, mi abuelita, una tía de parte de mi papá que ya se murió hace quince años; mi abuelita hace diez que se murió también ya. Entonces con ellos andábamos por allá, vivimos un poco de tiempo en Medellín unos tres o cuatro años en Barranquilla y de ahí bajamos a Cali, ahí ya tenía uso de razón, igual a los nueve años ya estaba

26 Se refiere a personas en busca de cualquier trabajo, se podría decir también que son personas que van “a buscar la vida”.

viviendo en Cali, pero mi papá me puso como a los ocho años en primer grado; en esas andanzas yo ya sabía leer, ya sabía los números empíricamente leía no... pero al primer grado me pusieron a los ocho años. De primer grado me pasaron a tercero porque yo ya sabía leer y escribir y sumar algunas cosas así, de ahí ya acabe mi primaria y de a tercer curso mi papá me mando para acá a Quito, desde ahí empecé a estudiar aquí (Entrevista a anónima, 2008).

El barrio de San Roque se presenta como un barrio asociado con la presencia indígena desde sus inicios, según Hugo Burgos, en un artículo para el diario *El Comercio*, fue la última parroquia en fundarse, aproximadamente para el año de 1.600, “de las tres que instalara el obispo Luis López de Solís, después de Santa Prisca y Santa Bárbara, en el Centro Histórico” (*El Comercio*, 30 de agosto, 2008). Según el articulista era una parroquia de indios, chapetones y mestizos, “para el año 1700, había 200 apellidos de origen inca y 300 quitu-kara” (*El Comercio*, 30 de agosto, 2008).

Existe un gran vacío de tiempo y de información que no será llenado en este artículo, principalmente por razón de tiempo, así que vuelvo a retomar el barrio para los años 1950, cuando San Roque vivió un proceso de “mestización”, según los testimonios de antiguos pobladores del barrio; aunque la presencia indígena nunca desapareció del todo. Y a partir de los años setenta²⁷, la población indígena fue volviendo con fuerza al barrio.

27 Me gustaría contextualizar brevemente los acontecimientos que se generaron en esta época, para tratar de entender algunas de las razones de por qué se produce esta ‘fuerte’ presencia indígena en la ciudad (especialmente en el centro, sur y en barrios periféricos). Para 1972 se inicia la exportación del petróleo y se produce una espectacular subida del precio del producto, que pasó de 2,50 dólares el barril en 1972 a 13 dólares en 1973 e incluso superó los 15 dólares para llegar a 40 dólares en el gobierno del binomio Roldós-Hurtado.

Esto hizo que en solo los dos primeros años de exportación (1972-1974) los ingresos del Ecuador sean equivalentes a todos los ingresos percibidos en los 150 años anteriores, esto permitió al Estado liberarse de la dependencia de la oligarquía que manejaba la exportación del cacao y del banano y tener una política nacionalista.

En esta década se produjo la modernización del Ecuador con la implantación de un “modelo nacional-estatal de desarrollo”, las ciudades crecieron, aparecen los supermercados, se establecen los edificios bancarios, etc. En estas condiciones se vive una fuerte migración interna hacia las grandes ciudades, en búsqueda de mejores oportunidades de trabajo e ingresos económicos

No sabría decir si actualmente ha vuelto a ser un barrio fundamentalmente indígena, pero según características de aquellos que pueden considerarse indígenas, como la vestimenta, la forma en que las mujeres cargan a sus hijos de pecho, el idioma y el tipo de actividades que realizan, se evidencia la fuerte presencia que tiene esta población en el sector.

Los testimonios dicen que en la época en que el barrio era predominantemente de población mestiza, a principios de los sesenta, se dio una primera incursión de población indígena, por un acontecimiento que se produce en Molleturo, provincia del Azuay.

Según datos de mi padre y mi abuela, hubo una “poblada” a la que el cura azuzó para que mataran a un brujo de la zona que estaba causando daño a la comunidad con sus artes. Los implicados, que fueron capturados por la policía, vinieron a parar 16 años al penal. Con esta gente vino su familia, que buscó asentarse en los alrededores del penal, esto es el barrio de San Roque.

Se veían cholos cuencanas con su traje típico y todas las guambas buscando trabajo en las casas aledañas, de empleadas domésticas. Me acuerdo de la nuestra, Elena. Eso fue cuando yo estaba en la escuela. Mínimo vivieron durante 10 años asentados en San Roque y le dieron una connotación especial al barrio, me acuerdo que de la casa, tenían una empleada la Adelita y otra mi mamá (Entrevista a JE, 2007).

Pero el gran poblamiento indígena se dio para los años setenta, cuando se vivió una fuerte migración de indígenas del Chimborazo, que empezaron a asentarse en San Roque, principalmente por una vinculación al mercado y a las actividades comerciales próximas al barrio.

Según la información que se ha logrado recoger durante la investigación, para los años setenta, que es la época en que la mayoría de entrevistados llegaron a Quito, uno de los primeros contactos de muchos indígenas con esta ciudad se daba en la Av. 24 de Mayo, que fue por muchos años el centro del comercio popular de la Quito de hace unas décadas (años 50-80). La 24 como se conoce a la Av. 24 de Mayo, era paradero de varios buses interprovinciales e interparroquiales, como Transesmeraldas,

(Diario El Mercurio, 19 de noviembre, 2004).

Transportes Occidental, Saquisilí, Pujilí, Ambato, Píllaro, Pelileo, haciendo las funciones de un terminal terrestre²⁸, los buses llegaban a este sector y desembarcaban gran cantidad de gente de provincia. Muchos indígenas tomaban contacto con la capital a través de la 24 y de toda la dinámica tan particular que se daba en el sector. Podían conseguir colocación a través del servicio que daba la radio *Cosmopolita*²⁹ como agencia de empleos³⁰, encontraban fondas y pensiones donde comer y dormir, estaba cerca el mercado con el que tenían inmediata ligazón.

La llegada a la ciudad es interpretada desde diferentes posiciones por los indígenas, muchas veces han tenido varias experiencias yendo del campo hacia ciudades grandes o pequeñas. “Ya a los doce años, terminando la escuela me escapé con un padrino de bautizo [...], entonces con él me escapé a la Costa, [...] era típico en esa época migrar a la Costa” (Entrevista a AX, 2008). Estas múltiples experiencias han ido desdibujando las impresiones iniciales, de las memorias de algunos indígenas, mientras otros han tenido una experiencia tan fuerte con la ciudad, que recuerdan claramente su primera vista de esta:

[...] la primera impresión que tuve de Quito fue de tristeza, llegué en el mes de abril y llovía, estaba el cielo negro y retumbaba, me dio miedo, se veía todo triste, las casas se veían viejas y pálidas, parecía que no había gente, solo se veían casas y casas [...]. Lo primero que extrañé fue los colores del campo, parecía que en Quito no había color (Entrevista a TG, 2008).

28 Así lo caracterizan varios entrevistados cuando cuentan la llegada a la ciudad de Quito.

29 Radio de amplitud modulada (AM), ubicada en el boulevard de la 24 de Mayo y García Moreno. Esta radio se caracterizaba por tener una programación popular, esto se refiere a que además de transmitir música e información, programas deportivos, noticias, etc., tenía un espacio de mensajes musicales y dedicatorias, utilizado por el público de la emisora, para transmitir sus parabienes por eventos sociales como matrimonios, reconciliaciones, por licenciarse de la conscripción, por acudir a la conscripción, etc., estos mensajes se mezclaba con partes mortuorios y otros anuncios que tenían que ver con ofertas de empleo, especialmente para servicios domésticos.

30 “Venga pronto con las cosas que necesitamos empleadas de servicio doméstico, venga pronto con las cosas que tenemos el trabajo listo” (Entrevista a Javier Espín, 3 de mayo 2007).

En su memoria se mantiene inalterable la percepción de la ciudad como algo nuevo y diferente. Lucía Herrera (2002) en su libro *La ciudad del Migrante*, explica un interesante ejercicio realizado con los niños de CEDEIB-Q³¹, en el que a través del cuento del “Ratón de campo y de ciudad”, los niños fueron dando su interpretación de la imagen que la ciudad tenía para ellos, enfocados especialmente en la llegada del ratón a la ciudad, y sus primeras impresiones. Muchas de estas descripciones hablan del miedo ante lo nuevo, que además viene cargado de ruido, tráfico, gente, movimiento, estas imágenes se relacionan mucho con lo que Herrera denomina “lugares significativos”, que quedan grabados en la memoria de las personas.

De las entrevistas realizadas a varios migrantes indígenas, se pueden ubicar lugares significativos para ellos, uno de los que se repite constantemente es la Av. 24 de Mayo, otro es el mercado de San Roque (tanto el antiguo, ubicado en San Francisco, como el que se ubicó posteriormente en el ex colegio Central Técnico), están también el barrio de San Roque, La Libertad, el Placer, el Panecillo y de manera general el sector sur de la ciudad, especialmente Guajaló, Guamaní, Cutuglahua, etc.

De los datos que se han ido recogiendo a lo largo del trabajo de campo, así como información de otras investigaciones realizadas en contextos similares (como Camus, 1997; Herrera, 2002; Kingman Garcés, Salman y Van Dan, 2003; Cuminao, 2006), se expone una situación de constante intercambio entre el mundo urbano y rural, generado por la forma de vida de los indígenas urbanos, que mantienen fuertes vínculos con su comunidad de origen, de tipo afectivo, económico y social.

El proceso que supone la llegada a la ciudad y el establecerse en ella, no significa necesariamente, para los indígenas, una ruptura con su pasado comunitario, sino que se desarrolla apoyándose en él, de esta forma rompen la dicotomía entre lo rural y lo urbano, logrando una pertenencia que se complementa, aunque no esté exenta de tensiones.

La dinámica que se genera es un constante retorno a la que califican como ‘su tierra’, a su casa, a su familia y a asuntos que han quedado

31 Centro de Educación Intercultural Bilingüe Quito.

pendientes en el campo, regresan periódicamente para determinadas épocas del año como siembras, cosechas, carnavales, fiestas de sus comunidades, a la vez que en la ciudad mantienen relaciones semejantes de trabajo, familia y asuntos sociales. Inicialmente se podría pensar que el tipo de relación que se produce entre los indígenas y la ciudad, es de un espacio de trabajo que genera dinero para mantener su vida y a los suyos en su comunidad de origen, como lo establecen Bastos y Camus, quienes señalan que una de las características del proceso migratorio es

“el mantenimiento de una doble residencia, que refleja cómo la capital es concebida como el lugar para conseguir el dinero que hará posible la vida en el lugar de origen y combina tanto la inseguridad ante el cambio, como la voluntad de mantener la socialización comunitaria” (Bastos y Camus, 2000: 07).

Sin embargo, las conversaciones mantenidas con indígenas moradores de San Roque, han permitido tener otro tipo de visión acerca de la relación de los indígenas con la urbe.

Se puede decir que en la ciudad los indígenas no se limitan únicamente a trabajar para abastecer a su casa en el campo, sino que crean su propia vida citadina, muchas veces con elementos similares a los que existen en su tierra, claro que estos son adaptados a las nuevas condiciones que se les presentan. Su vida se desenvuelve en dos espacios diferentes, aunque no necesariamente opuestos entre sí, “acá ahora ya es mi casita, aunque mi tierra siempre es mi tierra y a veces extraño mis animalitos, mi casita propia” (Entrevista a LCh, 2007). Se presenta entonces la característica de un doble domicilio: en el campo y la ciudad. Aunque mantienen, en ocasiones, una parte de su vida alejada:

Mi esposa [...] nunca se enseñó en la ciudad, ella prefirió quedarse allá, está bien, feliz y yo le veo de cuando en cuando, ahora mismo me salió vacaciones, el patrón me dijo –ándate no más una semanita–, y me voy mañana para mi tierra, llevando cositas para la casa, le compré a mi señora unas cosas bonitas que le van a gustar y después me regreso no más a seguir trabajando, a seguir viviendo acá (Entrevista a LCh, 2007).

Este relato a la vez que nos habla de que parte de la vida del migrante se encuentra en su tierra natal, también nos da un indicio de una cierta concepción, no generalizada por supuesto, de la ciudad como un espacio de preferencia masculino, asociado con peligro, rudeza, supervivencia del más fuerte, etc.

Por ello sería un espacio en principio para hombres, mientras las mujeres se quedan en la seguridad del campo, de lo conocido. Incluso en comunidades como Shuid³² la migración a la Costa es vista como una iniciación para los jóvenes (hombres), de entre once a quince años, este viaje les provee de elementos para ser hombres, aprender a trabajar, a desenvolverse solos, lejos del hogar y también aprenden a “hacer el amor como monos”, lo que les confiere otro status a la vista de sus pares en la comunidad (Entrevista a AA, 2008). No resulta igual para las jóvenes de esa comunidad, quienes se quedan en sus hogares aprendiendo de las mujeres mayores aquello que deben saber para llevar un hogar.³³

Existen casos en los que los lazos con la tierra de origen de los migrantes se cortan, en parte por una forma de sobrevivir en la ciudad, ya que muchas veces el contexto donde se desarrolla la vida de los migrantes exige que se adopten formas de vida y comportamiento distantes y distintos de aquellos con los que han crecido y se han formado.

Entonces así empezó nuestra vida en Quito, yo más de 50 años viviendo aquí, ya no me imaginaría volverme a mi tierra, al campo, aquí ya hice mi vida, me casé, tuve mis hijos y les di formación, ellos casi no conocen de las cosas del campo, ni mis nietos.

Del campo ya no tenemos casi nada, solo el recuerdo, pero ni la ropa, ni el idioma, da pena, lo que se tuvo que perder para que nos aceptara la ciudad, pero creo que sí valió la pena, hubo cosas que si mantuvimos siempre, las enseñanzas de nuestros mayores, el no tener miedo al trabajo duro, el saber que solo así y con honestidad se puede salir adelante (Entrevista a TG, 2008).

32 Parroquia de Guasuntos, cantón Alausí, provincia de Chimborazo.

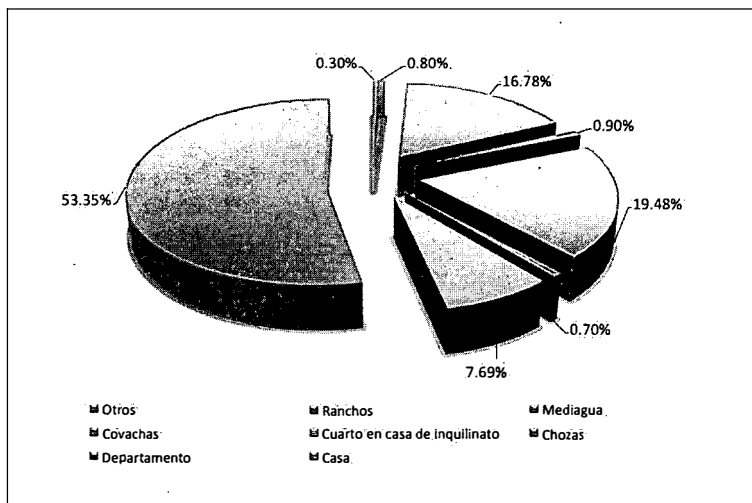
33 Esto se refiere al cuidado de los hermanos más pequeños, la cocina, la limpieza general de la casa, el cuidado de animales menores, la cosecha y la recolección de plantas medicinales. Tomado de entrevista con N.A, 2008, Shuid.

Sin embargo, al ser una ruptura, no siempre representa una negación de su identidad, muchas veces es un ocultamiento, que ante las nuevas condiciones de apertura que se presentan menos excluyentes con los migrantes, se subvierte y así muchos migrantes indígenas han tenido la oportunidad de tener estudios superiores y son los que impulsan trabajos de recuperación y reafirmación cultural dentro de la ciudad.

Lugares de vivienda

En la provincia de Pichincha, el total de viviendas particulares ocupadas con jefes de hogar que se declararon indígenas es de 24 675, lo que corresponde al 13,1% del total provincial (INEC, 2001). De estos datos, podemos ver en el gráfico a continuación la desagregación, basados en el tipo de vivienda en la que viven.

Figura 3
Viviendas particulares ocupadas con jefes de hogar que se declararon indígenas en la Provincia de Pichincha



Fuente: INEC, 2001. Elaboración: María Augusta Espín.

Algunas de las características de las viviendas en las que moran los indígenas en la zona urbana de la provincia de Pichincha son:

El 39,6% tiene abastecimiento de agua por tubería dentro de la vivienda, el 52,4% tiene el sistema de eliminación de aguas servidas por red pública de alcantarillado, el 90,5% dispone de servicio eléctrico, 21,2% dispone de servicio telefónico, el 62,3% tiene un sistema de eliminación de basura a través de un carro recolector, el 43,6% tienen excusado de uso exclusivo del hogar, el 33,0% tiene ducha de uso exclusivo del hogar, el 79,1% utilizan gas como combustible para cocinar (INEC, 2001).

En la zona urbana de Quito el número de viviendas indígenas es de 11 746, siendo el total de pobladores 41 921, lo que representa que solamente el 28,01% de los indígenas que viven en la zona urbana de Quito tiene viviendas propias (SIISE, 2003). El resto de indígenas generalmente viven en lugares arrendados. En cuanto al porcentaje de hacinamiento en las viviendas indígenas, el SIISE estima que este asciende al 32,8% (SIISE, 2003).

En San Roque se han observado varias dinámicas con respecto a los lugares de vivienda. Se tiene pocos datos sobre los llamados “dormitorios indígenas”. Estos eran dormitorios en casas particulares, existían varios a lo largo de la calle Libertad, como forma de obtener ingresos extra para ciertas familias del barrio y donde los indígenas vinculados al mercado, especialmente cargadores, podían dormir.

Según los entrevistados, uno de los primeros fue donde la Sra. Lucrecia de Zamora, a la que conocían como ‘la Luca’, su casa estaba ubicada en la Libertad, más arriba del parque infantil. Los testimonios cuentan que los ‘dormitorios indígenas’ eran largos corredores de piedra, que eran comunes en las casas antiguas, a los que techaban y los alquilaban por las noches para que los indígenas durmieran

[...] comenzaron a surgir ciertos sectores donde les dieron cabida a los indígenas, [dentro del barrio], de los que me acuerdo, fueron a vivir en donde la familia Zamora, “la Luca” se quedó sola, viuda, el un hijo fue

al colegio Militar y la hija se casó, ella hizo un dormitorio indígena en un patio interior cubierto, no tenía paredes pero era cubierto, ahí ponían el poncho y dormían uno al lado de otro, me acuerdo que entraban hasta unos 30 indígenas, pagaban, creo, un sucre por dormir, entonces eso quedaba más hacia la Libertad, parece que ahí comenzaron a darles cabida (Entrevista a JE, 2008).

Este estilo de arrendar piezas a indígenas se ha mantenido, asumiendo la forma de casas o casonas coloniales de arriendo, que son alquiladas a varias familias por cuartos, coincide muchas veces que varios miembros de la familia o de la misma comunidad alquilan cuartos en la misma casona y se logra una convivencia más familiar, con una cabeza a cargo de la organización de la rutina al interior de ese espacio.

Pero también ocurre que miembros de distintas comunidades llegan al mismo espacio lo que implica negociaciones de todo tipo con respecto a cuestiones cotidianas, como la organización por horarios para ocupar las piedras de lavar, o la distribución en la dotación de implementos para el inodoro de la casa, etc.

En el sector del Centro Histórico existen varias de estas casonas dedicadas al arrendamiento. Según datos tomados de Doormalen y Weerdenburg (2005), hay un aproximado de 747 casonas repartidas entre La Loma, San Marcos, La Tola, San Blas, Gonzáles Suárez y San Roque, la imagen que se presenta de uso del suelo de las casonas es: “la planta baja debería servir de uso comercial, el primero de uso residencial o uso mixto [residencial y comercial] y el tercer piso se destinaría solo para uso residencial” (Doormalen y Weerdenburg, 2005). En estos lugares vive gente de escasos recursos económicos, no exclusivamente indígena, pero en la investigación se determinó que un alto porcentaje de los habitantes de las casonas son indígenas y campesinos (Doormalen y Weerdenburg, 2005). Dentro de los datos obtenidos en la investigación realizada por Doormalen y Weerdenburg encontramos que:

[...] la población de las casonas menor de 15 años corresponde al 27,9% y el 4,9% es mayor de 65 años. El resto que corresponde al 67,2% es la población económicamente activa. La mitad de la población trabaja [...], el

grupo de jóvenes hasta 15 años se compone de un 64,1% de estudiantes, 32,7% que aún no van a la escuela y el resto tiene otra tarea, como una combinación de ayudar a los padres o trabajar y asistir a la escuela.

La PEA se dedica a actividades económicamente remuneradas, el 13,4% son amas de casa, el 15,1% son estudiantes, el 2,8% busca empleo, y el 3,1% se dedica a otras actividades. Las personas mayores de 65 años, se dedican en un 26,5% a actividades económicamente remuneradas, el 38,2% son jubilados el 20,6% son amas de casa, el 2,9% son desempleados y el 11,8% se dedica a otras cosas” (Doormalen y Weerdenburg, 2005: 13).

Los hogares que investigan Doormalen y Weerdenburg tienen un promedio de 3,25 miembros, siendo en un 35,9% familias nucleares. Casi la mitad de los hogares investigados son migrantes (48,8%), de los cuales el 22% nació en la provincia de Chimborazo.

El arrendar en la ciudad implica un doble gasto para los migrantes, como lo cuenta Segundo Guami, “uno tiene que trabajar y pagar cositas aquí, la piccita y allá también, es propio, pero no perdona la luz y el agua y hay que comprar para fumigar las papas y así se gasta en un lado y en otro lado, uno vive aquí y allá también” (Entrevista a SG, 2007).

La casa en la que viven don Segundo, al que en el barrio conocen como el “Ocho”³⁴ y Luis Chalco, se ubica en la calle Rocafuerte y Fray Pedro Pecedor, junto al ex-penal García Moreno, es una casa dedicada exclusivamente al arriendo de cuartos para familias indígenas. La casa es bastante grande, como lo son las típicas casas antiguas de Quito, llena de corredores, escaleras y patios. Pero la casa, que ya es vieja, está muy descuidada, a simple vista se evidencia el pésimo estado de los pisos, paredes y techo.

La puerta de calle que da a la Rocafuerte no tiene chapa o candado alguno, está ‘asegurada’ con un cordel amarrado entre dos argollas, el nudo del cordel es lo único que mantiene la puerta cerrada. Esta forma de ‘seguridad’ tan elemental, recuerda la forma en que se cierra las puertas en el campo, donde no existe el temor a que algún extraño entre en

34 Su sobrenombre se debe a que él conoce un truco con una soga. Consiste en hacer un nudo con la soga en forma de ocho y mediante varias vueltas de la soga, zafar el nudo “mágicamente”.

la casa a robar. Pero ¿cómo explicarse esta misma actitud en la ciudad y más aún en un barrio que es tildado de ‘peligroso’? En la entrevista con Don Segundo surgió el tema sobre la ‘seguridad’ de la casa.

Nadie entra a hacer daño, [...] se puede no más entrar, nadie le dice nada, pero es que tampoco hay gente mala, [...] los ladrones antes nos asaltaban los pocos dineritos que teníamos, pero ya luego eran conocidos y ya nunca más, y a la casa entrar a robar, eso nunca, aquí es bien tranquilo, uno deja no más todo suelto y no pasa nada, pero creo que eso para los conocidos, los que vivimos aquí (Entrevista a SG, 2007).

Según don Luís, en la casa viven entre veinte a veinticinco familias que tienen un promedio de cinco miembros por familia, lo que significaría un mínimo de cien personas viviendo en el lugar. De los que la mayoría (excepto don Luís, don Segundo y tres personas más, que son albañiles), trabajan en el mercado de San Roque como cargadores³⁵, vendedoras de hortalizas y rodeadoras. La casa se arrienda por cuartos a las familias, hay cuartos bastante pequeños, como el de don Luís que vive solo, por el que paga \$9 mensuales, \$11 incluido luz y agua, y cuartos de mayor tamaño que pueden costar hasta \$20, donde viven familias de hasta diez miembros. Algunos cuartos están divididos con tabla triplex para multiplicar el potencial espacio a ser arrendado.

Respecto a la procedencia de las familias que viven en la casa, “vienen de diferentes provincias, de Chibuleo de Ambato, de Guaranda, de Rióbamba, de diferentes partes vienen” (Entrevista a LCh, 2007). Pese a ser un número bastante significativo de personas viviendo en ese espacio, la relación entre vecinos se ve limitada, en cuanto a eventos para socializar, por las reglas del dueño de casa, que, según el relato de Don Luís, vive por el sector de El Inca y va cada mes o cada dos meses a cobrar los arriendos.

“Aquí no hay fiestas nunca, cada uno toma de vez en vez pero solito, sino el dueño se entera y nos manda no más, él dice que no quiere saber nada de escándalo aquí, así que no ha habido fiestas de todos, cada

35 De la información de don Luís, don Carlos y doña Rosa, el mercado es un espacio que privilegia la presencia femenina en los puestos de venta, la presencia masculina está asociada mayormente con el trabajo de los cargadores.

cual no más en su cuartito” (Entrevista a LCh, 2007). Sin embargo, las relaciones de socialización se trasladan a otros espacios, como las fiestas barriales, los festejos propios del mercado, o celebraciones religiosas, incluso la mayoría viajan a su tierra natal para celebrar fiestas como el carnaval, San Pedro y San Pablo, bautizos o matrimonios.

La casa tiene tres patios, el principal en el que está el único baño³⁶ para toda la casa, y “para bañarse cada quien tenemos baldecito de agua y nos bañamos cada uno los sábados” (Entrevista a LCh, 2007). Este patio también es usado como colgadero de ropa para los cuartos del frente, el segundo patio tiene una piedra de lavar y el tercero está lleno de fierros viejos y javas de plástico.

De las reparaciones de la casa se encargan los mismos inquilinos, especialmente los que tienen experiencia en cuestiones de albañilería, “aquí la casa la arreglamos nosotros mismos, cuando hay goteras o algo se daña, nosotros metemos mano y arreglamos no más lo que se necesite, por eso no encuentra aquí goteras ni fugas, todo está bien cogidito” (Entrevista a LCh, 2007).

En la tabla 2 se puede ver algunas características de las viviendas indígenas en relación a la disponibilidad de los servicios básicos.

Tabla 2

Disponibilidad de servicios básicos en viviendas indígenas de la zona urbana de Quito

Servicios	Porcentaje
Agua entubada por red pública dentro de la vivienda	48,7%
Servicio higiénico exclusivo	52,8%
Servicio eléctrico	95,1%
Servicio telefónico	27,0%
Uso de gas para cocinar	94,3%

Fuente: SIISE, 2003. Elaboración: María Augusta Espín.

36 Compuesto por un inodoro y un clavo para colgar el papel higiénico.

La tabla anterior presenta la situación de las viviendas indígenas en la zona urbana de Quito, se evidencia que menos de la mitad de las viviendas poseen servicio de agua potable al interior de la vivienda. Así también un bajo porcentaje tienen servicio telefónico, aunque actualmente el acceso a telefonía celular ha modificado esta condición, aunque no se tenga datos al respecto. En cuanto a servicio higiénico exclusivo, un poco más de la mitad de las viviendas disponen de este, el resto tiene un servicio higiénico que comparten varias familias. Finalmente acerca del acceso a electricidad y uso de gas, casi la totalidad de las viviendas tienen acceso a estos servicios.

Retomando las características de las viviendas de los indígenas, el cuarto donde vive Segundo Guami, en cambio, es un espacio de dos piezas, pequeño pero considerablemente más grande que el cuarto de Don Luis. La pieza de la entrada corresponde a la cocina y al lado está el cuarto, que está dividido en dos con una tabla triplex que lo atraviesa longitudinalmente, el espacio de abajo es para la ropa y los zapatos, cajas de cartón vacías, y otras llenas de papeles, se ve también un tanque de gas que está conectado por una larga manguera con la cocina. El espacio de arriba es la cama, don Segundo vive con dos de sus hijos de 12 y 15 años, que también son albañiles.

Una dinámica similar se puede observar en una casona ubicada en la calle Alianza, desde el doblar la esquina se pueden ver las puertas de calle abiertas de par en par y un camión estacionado del que se descargan quintales de papas, hay tres bastidores que se encargan de este trabajo, mientras el encargado del dueño de casa da instrucciones para que se coloquen los bultos en una especie de garaje que ahora funciona como bodega.

A la entrada hay un patio grande donde se pueden ver carcasas de carros arrumados y una camioneta grande del año 2006. Los cuartos de la planta baja funcionan como departamentos independientes alquilados, según el encargado, a dos familias de Sisig, que llegaron hace poco menos de un año y que casi no se involucran en la dinámica de la casa, los hombres trabajan trayendo mercadería de Pasto y las mujeres trabajan en la Marín, en locales comerciales vendiendo esta mercadería.

Existen unas gradas de piedra que bajan hasta un patio trasero bastante frío, donde se encuentran las piedras de lavar (tres en total), el colgadero de ropa se encuentra del otro lado, junto a la bodega del frente de la casa, es un amplio espacio con varias secciones de alambre. En el patio de las piedras de lavar existe una ducha de agua caliente, según el encargado en la casa hay solo dos, la una ubicada en los departamentos de la planta baja, en la sección frontal de la casa y la segunda es esta, el agua se calienta utilizando un calefón.

Esta área de la casa, al igual que los pisos superiores están habitados por miembros de tres familias ampliadas de una misma comunidad, Molobog. El área de lavandería es un espacio de reunión, pero a la vez es un espacio en disputa, ya que las cinco familias que habitan la casa deben turnarse y llegar a acuerdos para ocupar el espacio, esto sucede igual con la ducha, la que es disputada por las tres familias de Molobog.

Los propietarios de casas no indígenas que aún viven en San Roque, también han buscado ingresos extra con los arriendos de una o varias piezas, generalmente en los primeros pisos o en los cuartos retirados, mientras ellos siguen ocupando las áreas centrales de sus casas

[...] yo arrendaba los cuartos de atrás a una familia de indios, eran de Riobamba y eran la esposa, el esposo y cuatro hijos, estuvieron conmigo un año, pero después se tuvieron que regresar a su tierra por un problema con las tierras que tenían. Ellos eran buenos, nunca dieron problemas, eran sucios, eso sí, como todos los indios, pero tranquilos, los guaguas estaban en una escuela y los papás trabajaban en el mercado, el hombre se llamaba Manuel, entregaba verdura, y la mujer vendía. Después de ellos ya no me animé a alquilarles a otros, porque no sacaba casi nada de arriendo y más después tuve que limpiar y arreglar todo (Entrevista a MC, 2007).

Existen numerosas casas en el sector que se dedican a la misma práctica de alquiler de cuartos, y que se encuentran en la memoria de los indígenas urbanos como primeros lugares de vivienda en la ciudad. Los lugares de vivienda se establecen, muchas veces, por afinidad o por cercanía: los migrantes acceden a lugares para vivir, a los que llegan a través de las re-

des que hacen en el camino: por recomendación, porque algún familiar o conocido vive ahí o por la proximidad con su lugar de trabajo.

Empezamos a ver un lugar para arrendar [...] y ya los conocidos que teníamos en el barrio nos dijeron de esta casa donde alquilaban cuartos y mi papacito fue a averiguar con mi hermana Juanita, y el dueño de casa bueno ha sabido ser, le enseñó y ahí mismo ya mi papacito alquiló unas piecitas, dos para cuartitos y una para la cocina (Entrevista a TG, 2007).

En ocasiones, los indígenas han podido comprar sus casas en el sector, ya sea individualmente, como familia o de forma comunitaria, como es el caso de la casa de la comunidad Gulalag-Quillopungo³⁷, quienes adquirieron una manzana entera en el sector de la 24 de Mayo donde reside casi toda la comunidad, trasladando la dinámica propia de su lugar de origen a la ciudad y generando un espacio exclusivo para los habitantes de esta casa y excluyente con los “otros”.

En este espacio los límites de lo seguro vienen a ser la casa, la familia y los conocidos, es decir los espacios propios en los que se crea un sentido de pertenencia y se establece una separación con los alrededores y la presencia de los “otros”. Pero a la vez esto genera relaciones de control dentro del espacio “comunal”: se controla el tiempo, la presencia, el espacio, las condiciones de vida de los “comuneros” que terminan viviendo en un espacio con barreras invisibles que muchas veces limita su experiencia con la ciudad.

Las familias que han adquirido casas, lo han podido hacer con la colaboración de todos sus miembros, eso ocurrió con la familia de Teresa Gualotuña, quien cuenta su experiencia de vida en el barrio y como, después de un difícil comienzo, casi toda su familia se fue trasladando a la ciudad.

Y de a poquito nos establecimos y entre todos compramos esta casa, todos vivimos aquí, menos mi hermana Inesita y mi hermana Marita que viven en otro lado, y los hijos de mis hermanitos también se han ido ya por otros lados porque la casa quedó chiquita, y pensar que cuando venimos al principio a esta casa parecía inmensa (Entrevista a TG, 2007).

37 Parroquia Punín, Provincia del Chimborazo.

Unos y otros se van relacionando con la ciudad y la viven desde diferentes posiciones de acuerdo a sus experiencias cotidianas, a continuación se buscará acercarnos a entender esta relación.

Ciudad y vida cotidiana

La ciudad, como espacio de vida adquiere varios matices para los indígenas urbanos, para don Segundo la ciudad es bonita, es el lugar donde puede encontrar nuevas experiencias y fundamentalmente donde hay trabajo; sin embargo, este espacio está reservado para los hombres, debido a los peligros que son asociados a la ciudad.

Aquí los trecitos [se refiere a sus dos hijos y a sí mismo], mi señora vive en mi casita en Guaranda con las dos *guagüitas* chiquitas, yo mando platita y voy de vez en vez a ver la casita. [...] Pero mis hijitas no han de venir, ellas están bien allá, la ciudad es bonita pero allá es más tranquilo y no pasas tantas penurias como aquí y eso no quiero para mis hijitas, allá tienen casita, hay comidita, hay animalitos, allá que se estén (Entrevista a SG, 2007).

En esta cita se puede observar que se mantiene el ver a la ciudad como un espacio masculino, para aquellos que pueden defenderse de los peligros y las penurias que esta trae consigo, mientras las mujeres están más tranquilas en la seguridad del campo.

Como cuenta don Segundo, su relación con la ciudad, en un inicio fue solitaria, él no contaba con conocidos aquí, pero venía dispuesto a la aventura.

Yo llegué a vivir a Quito en el gobierno de Rodrigo Borja, en primera vine solito, yo no tenía nadie conocido aquí, [...] solito vine, llegando en bus a Quito, grande era, yo me asusté de primera, y ahí me tocó preguntar no más, preguntando, preguntando llegué a este barrio (Entrevista a SG, 2007).

La experiencia fue positiva, su primer acercamiento a la dinámica del sector y a sus moradores fue a través del mercado, transformado en punto de referencia y contacto para la gente de la zona.

Llegué un día de feria de mercado, antes habían camiones que desembarcaban aquí un montón de cosas: granos, verduras, de todo. Vi [...] mucha gente, todos de todas partes, yo soy de Guamote, pero no conocía a nadie, así que me fui al mercado y ahí empecé a hacer gente conocida (Entrevista a SG, 2007).

Don Segundo recuerda que cuando llegó a San Roque, al no tener conocidos, tuvo que dormir, por lo menos las primeras dos semanas, en el andén del mercado, como muchos otros que vienen solos, sin conocer a alguien que los pueda colocar. Pero al poco tiempo de estar en la ciudad, se empiezan a generar redes de amistad, que sirven para encontrar vivienda, trabajo, lugares de reunión, comida barata, etc.

Para sobrevivir en la ciudad, los indígenas utilizan las redes, “un estrato importante de la sociedad urbana latinoamericana, la marginalidad, asegura su supervivencia mediante el uso de la reciprocidad” (Lomnitz, 1975: 25).

Me ayudaron mucho, unito que se llama José me dio viendo cuartito para arrendar, yo no podía pagar mucho, poquito no más, por eso el cuartito alcanzaba solo un colchoncito y nada más, pero ya no era dormir afuera del mercado en el corredor sin nada de paredes, pasando frío (Entrevista a SG, 2007).

Lomnitz explica cómo al compartir sus recursos, no solo materiales, sino de información y conocimiento sobre la ciudad, con otros en igualdad de condiciones, los marginados logran “imponerse a circunstancias que seguramente lo harían sucumbir como individuo aislado” (Lomnitz, 1975: 26). Se crean estructuras sociales a las que Lomnitz denomina *redes de intercambio* entre parientes, vecinos y conocidos, que permiten la supervivencia de los indígenas urbanos, supliendo la falta de “seguridad social, reemplazándola con un tipo de ayuda mutua basada en la reciprocidad” (Lomnitz, 1975: 26).

Sin embargo, hay que puntualizar que estas relaciones no son totalmente armónicas ni idílicas, ya que están atravesadas por relaciones de poder. Las redes de intercambio además de producir solidaridad, gene-

ran relaciones de dependencia que involucran ciertas consecuencias sociales para los actores, que pueden ser tanto obligaciones como ventajas, y generalmente la ventaja recae sobre la figura más fuerte, que puede ser un migrante antiguo, una familia que ha adquirido poder y prestigio en la ciudad, un representante político, un comerciante situado, etc.

Estos personajes a cambio de ayuda y apoyo a sus familiares, conocidos, paisanos, compadres o recomendados, obtienen beneficios tales como mano de obra barata, trabajo no remunerado de niños, niñas o jóvenes y alianzas de todo tipo. Es una relación de dar y recibir, de dones y contradones (Godelier: 1998), pero que mantiene siempre a la figura más fuerte en una posición de ventaja con respecto a aquellos que necesitan ayuda y que genera una situación permanente de “estar en deuda con”. Esta cadena de dones y contradones, se continúa reproduciendo con los cada vez más numerosos migrantes que llegan a la ciudad.

Muchos académicos y políticos indígenas y no indígenas, han caracterizado la organización social comunitaria, como prácticas de igualdad y reciprocidad dejando de lado los conflictos que puedan existir en su interior. Alicia Torres (2004) analiza esta imagen del “espíritu” indígena de los Andes, la autora habla de un “espejismo de igualación” que,

[...] es usado políticamente. Cuando un grupo étnico debe enfrentar al “otro” (la población mestiza con mayor poder económico, político y social), necesita crear una diferencia que fortalezca su identidad: el espíritu comunitario es uno de esos indicadores identitarios. [...] Y mientras actúa este “espejismo de igualación”, la realidad puede ser idealizada y las diferencias internas pueden ser legitimadas a través de la permanente construcción de un discurso étnico y de prácticas que permitan reforzar este discurso, tales como las fiestas y los ritos de reciprocidad (Torres, 2004: 2).

Sin embargo, este espejismo se hace evidente cuando se descubren ciertas prácticas no igualitarias y de explotación, en espacios laborales, familiares o políticos y también mecanismos de control y vigilancia a varios niveles, desde los dirigentes a las bases, desde los padres a los hijos, desde los hombres a las mujeres, etc.

Este complejo mecanismo de relaciones de poder pone en marcha una serie de elementos que aseguran la supervivencia en la ciudad y permiten la reproducción social y comunitaria en este espacio.

Conclusiones

El presente artículo es parte de un trabajo más amplio sobre la presencia indígena en la ciudad y la construcción del indígena urbano. En este apartado se ha buscado recorrer los espacios que actualmente ocupan los indígenas, partiendo de sus recuerdos acerca de su llegada a estos espacios y cómo se fueron posicionando en ellos.

Se ha tratado de presentar el fenómeno indígena como parte de la dinámica cotidiana de la ciudad y a partir de los relatos desde la memoria, entender lo que fue la situación de esta población al insertarse en la dinámica de la ciudad y sus formas de resignificar ciertos espacios y prácticas.

La sección correspondiente a la migración y ciudad, se refiere al hecho mismo de la movilidad indígena enraizada en la historia de generaciones de migrantes, que han llegado a las ciudades grandes o pequeñas, en busca de trabajo y vida. Lo interesante acerca de esta 'tradicional' de movilidad es cómo los lazos con sus comunidades de origen en la mayoría de casos no se rompen, los indígenas continúan volviendo a "su tierra", porque aún tienen relación con esta, ya sea de tipo afectivo, nostálgico o material. Y su establecimiento en la ciudad, se entiende como la síntesis de dos espacios que han tratado de presentarse como opuestos entre sí: campo y ciudad.

A continuación, se buscó ubicar la situación de los indígenas con los lugares de vivienda en el barrio de San Roque, donde se distinguió tres formas de vivienda del indígena urbano, la del inquilino, la del propietario y la de la propiedad comunal. En estas tres formas, que no son las únicas por supuesto, se trató de conocer las características de los espacios y de las personas que habitan en ellos.

La siguiente sección corresponde a entender la ciudad como espacio

de vida cotidiana para el indígena, quien a partir de los circuitos, flujos y redes que construye al interior de la ciudad y fuera de ella, busca la subsistencia en el espacio urbano y de esta persistencia va surgiendo un nuevo sujeto: el indígena urbano, como parte de la ciudad de Quito.

Bibliografía

- Bastos, Santiago y Manuela Camus (2000). *Los indígenas de la capital*, Manuscrito. Guatemala.
- Burgos, Hugo (2008). "La prohibición del Corpus en San Roque", en Diario *El Comercio*, Quito, 30 de Agosto, en http://www.elcomercio.com/solo_texto_search.asp?id_noticia=140203&anio=2008&mes=8&dia=30 (visitado el 15 de noviembre de 2008).
- Camus, Manuela (1997). "Mujeres mayas en el mercado de la Terminal", *Ponencia presentada en el II Congreso de Estudios Mayas*. Guatemala: Universidad Landívar.
- Comité de Gestión Centro Histórico (2006). *Caracterización y Agenda de desarrollo 2004-2009 del Subsector Centro Histórico*. Quito: Municipio del Distrito Metropolitano de Quito.
- Doormalen y Weerdenburg (2005). *Informe de resultados relevantes de la investigación sobre las estrategias de sustento de los habitantes de las casonas del Centro Histórico de Quito y la influencia de la política del Municipio de Quito con respecto al Centro Histórico y el empleo*, Manuscrito. Quito.
- Godelier, Maurice (1998). *El Enigma del don*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Herrera, Lucía (2002). *La ciudad del migrante: las representaciones de Quito en relatos de migrantes indígenas*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- INEC (2002). *VI Censo nacional de población y V de vivienda*. Resultados definitivos. Provincia de Pichincha, Cantón Quito, versión digital. Quito: INEC.
- Kingman Garcés, Eduardo, Ton Salman y Anke Van Dan, (2003). "Las culturas urbanas en América Latina y los Andes: lo culto y lo popular, lo local, lo híbrido y lo mestizo", en *Ciudadanía e identidad*, Simón Pachano (Comp.). Quito: Flacso-Ecuador.
- Lomnitz, Larissa A. (1975). *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.
- Torres, Alicia (2004). "El espejismo de igualación": comunidad, clase y etnia en la emigración de los kichwa Otavalo, en www.flacso.org.ec/docs/at_espejismo.pdf (visitado el 6 de enero 2009).
- SIISE (2002). Sistema Integrado de Indicadores Sociales, versión 4.5. Quito: Frente Social del Gobierno Nacional.

Espacios de Socialización en San Roque*

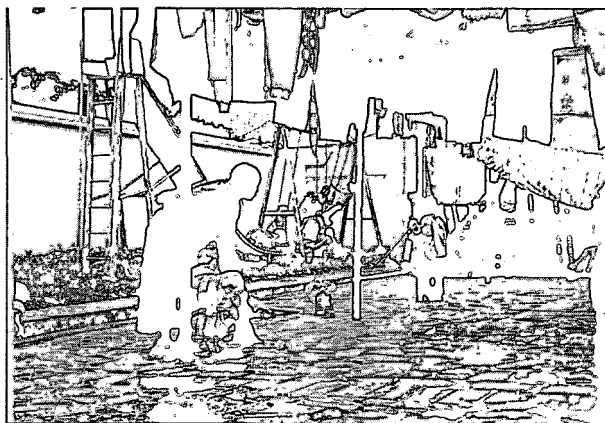


Estas fotografías son de autoría y cortesía de Lennyn Santacruz



Estas fotografías son de autoría y cortesía de Len nyn Santacruz

Lavanderías públicas municipales "La Hermita"



Estas fotografías fueron tomadas por el grupo de investigación



Esta fotografías fueron tomadas por el grupo de investigación



Esta fotografía fue tomada por el grupo de investigación